

DANIEL BERTEAUX. *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica,* Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2005, 143 páginas.

Junto a Fraser, Thompson, Catani o Ferrarotti, Berteaux es uno de los principales autores que mostraron a los sociólogos europeos el potencial actual de los relatos biográficos orales, entre finales de los setenta y los primeros años ochenta del siglo pasado. Un cuarto de siglo después de las atractivas reflexiones metodológicas, que distinguieron a nuestro autor del grupo referido, y cuando los relatos de vida se han convertido en capítulo específico de manuales de técnicas de investigación social y en repetido objeto monográfico de revistas especializadas, la presenta obra se recibe con notables expectativas. Unas expectativas aún mayores si se tiene en cuenta que se desconoce obra de Daniel Berteaux en nuestro idioma¹ exclusivamente dedicada al tema. Expectativas en un país en el que se han conjuntado serias, rigurosas y, sobre todo, comprometidas voluntades en el impulso de las historias de vida, historias orales y, en general, los relatos biográficos orales, con una importante serie de investigaciones empíricas publicadas y tesis doctorales evaluadas, además de que dos de los textos exclusivamente dedica-

dos al asunto —*El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales* (1992), de Pujadas, y *La historia oral: métodos y experiencias* (1994), de Marinas y Santamarina— ocupan un lugar de primera fila en la literatura metodológica española. Parece que ya era hora de poner de largo esta práctica de investigación, por una de sus referencias de mayor peso institucional.

En lugar de entrar en los debates que rodean la reflexión metodológica sobre las historias de vida, por ser debates que parecen proyectados por toda la extensión del oficio de sociólogo, Berteaux se autolimita a una perspectiva con la que plenamente se identifica: la perspectiva etnosociológica. Una forma de entender el propio oficio de sociólogo que aquí le conduce a defender lo que el mismo autor denomina una posición realista, ya que asume que hay una realidad social histórica —objetiva, diríamos— que el investigador quiere conocer, para lo que se sirve de variados y distintos recursos, entre los que se incluyen los relatos de vida. Por lo tanto, se admite que hay unas condiciones materiales, una existencia del acontecimiento histórico, que se proyecta en la conciencia, de manera que ésta trabaja posteriormente tales acontecimientos.

¹ Sin embargo, se ha publicado en inglés su Daniel Berteaux, *Life Story and Life History*, Newbury Park: Sage, 1982.

El primer capítulo se dedica a presentar la perspectiva etnosociológica. Tomamos sus propias palabras: «*la hipótesis central de la perspectiva etnosociológica es que las lógicas que rigen el conjunto de un mundo social o mesocosmos se dan igualmente en cada uno de los microcosmos que lo componen: observando con atención uno solo, o mejor varios de estos microcosmos, y por poco que se logre identificar las lógicas de acción, los mecanismos sociales, los procesos de reproducción y de transformación, se deberían poder captar al menos algunas de las lógicas sociales del mesocosmos mismo*» (pág. 18). Pero, sobre todo, el capítulo se centra en señalar qué objetos sociales son particularmente pertinentes para el uso de esta perspectiva y en qué contribuye en el condicionamiento de los mismos. Hace hincapié en un consejo extensible al conjunto de la investigación social: trabajar sólo sobre objetos sociales bien circunscritos. En este marco, los relatos de vida *ponen en relieve* aspectos y dan razones de acontecimientos vitales.

Párrafo a párrafo se van dejando apuntes para la reflexión metodológica. Cobra especial énfasis el registro de recurrencias como base para el paso de lo particular a lo general. Un paso que distingue la observación sociológica de otras formas de observación más o menos próximas (periodística, etnográfica). Una recurrencia que cobra sentido a partir de la construcción de un diseño muestral que garantice la diferencialidad de sujetos y situaciones. Pues bien, la exposición de la diferencialidad hay que situarla entre las mejores aportaciones del texto.

El establecimiento de lo diferencial en las recurrencias y de la recurrencia en lo diferencial constituye el núcleo analítico de los relatos de vida. A partir de aquí, se desarrolla el cuerpo normativo de esta práctica de investigación.

Antes de seguir con la referencia al desarrollo del texto, conviene llamar la

atención sobre las escasas diferencias que percibe el lector entre lo que Berteaux llama etnosociología y lo que se suele entender como investigación empírica sociológica cualitativa. Al menos, tal como algunos entendemos ésta. En el texto, la propuesta del nombre parece deberse a una táctica de distancia de la concepción de la investigación sociológica como mero análisis de los discursos, en los que éstos conforman una realidad autónoma de lo que podría comprenderse como experiencias o prácticas sustanciales. Para Berteaux, la acción discursiva se enmarca en las prácticas y contextos de los sujetos sociales, subrayándose en este calificativo la exigencia de generalizar a colectivos a partir de los casos concretos abordados. Pero, para quien esto escribe, el acento en que: «*el conocimiento sociológico es por definición el conocimiento de fenómenos colectivos*» (p. 35) refuerza la asimilación entre etnosociología e investigación sociológica cualitativa. Ahora bien, ha de reconocerse que es una asunción que, especialmente en lo relativo a la capacidad de generalizar desde los casos abordados, pueden no compartir una buena parte de los practicantes de la propia investigación social cualitativa.

Al otro gran pivote del texto de Berteaux es la consideración del relato de vida como una narración. Se materializa en una narración y, por lo tanto, la construcción de la situación de entrevista ha de estar dirigida a su obtención. Así, mientras el trabajo muestral, como esfuerzo de realidad a través de la redundancia, es la dimensión procedimental; la narración es la dimensión material.

En el tercer capítulo se desarrollan las tres funciones que pueden tener los relatos de vida: función de exploración, analítica y expresiva. Tres funciones que pueden ser respectivamente dominantes en distintas fases de un mismo diseño de investigación. Ahora bien, salvo en la búsqueda de la recurrencia-saturación y

la mención a que las primeras entrevistas pueden tener una función exploratoria (p. 53), no hay apartado dedicado a aspectos del diseño como: cuántas entrevistas o qué relación con el fenómeno social han de tener (¿en todos los diseños han de sucederse los dominios respectivos de las tres funciones o depende del objeto de investigación?). Todo parece dejado a un espacio de mensajes, que toman la forma de augurios, desde el campo, que el profesional sabrá interpretar: «*desde que los sociólogos hacen un trabajo de campo, siempre han hallado una forma u otra de resolver los problemas*» (p. 63).

La obtención de los relatos recoge la narración más expresiva del libro. Parece tratarse de un relato de vida (autobiográfico) sobre la experiencia de conseguir relatos de vida (biográficos). Una experiencia que lleva a varios principios de la práctica: imaginación para encontrar a las personas adecuadas, huída de los canales estandarizados, presentación adecuada del investigador a las personas, y otros principios más éticos que prácticos, aun cuando tengan su proyección en lo que es una buena práctica del relato de vida, como es el principio prioritario de respeto al otro.

El quinto capítulo se dedica al análisis del relato de vida, subrayándose el singular. Singularidad que se presenta frente a la idea de elaboración de un *corpus*. Cada relato de vida se concibe como un jalón en un proceso y no sólo como un elemento en una totalidad de materiales. ¿Es pertinente tal distinción? Para quien se inicia, puede ser básico que se comprenda la necesidad de hacer el itinerario de la investigación paso a paso. No obstante, la comparación entre relatos de vida, verdadero motor analítico, se hace a partir del *corpus* resultante, especialmente cuando se vuelve a las entrevistas ya realizadas y previamente analizadas.

El análisis ha de centrarse tanto en lo que se dice, el resultado, como en su pro-

ceso de producción: «*Observar el esfuerzo de memorización de un sujeto que se esfuerza por reconstruir el hilo de su itinerario biográfico es una fuente de información sobre lo que tiene sentido para él*» (p. 82).

Al final del quinto capítulo se recoge, desde la distancia, otras formas de análisis. Una distancia que es especialmente marcada con respecto a las corrientes que sitúan la biografía como objeto sociológico *en sí*, en lugar de utilizarlo para otros objetos sociológicos.

El análisis comparativo (sexto capítulo) desarrolla el tejido entre modelo y recurrencias de los relatos de vida, tipos ideales y decisión de finalizar el trabajo de campo. El séptimo, como parece lógico en una sucesión que quiere ser isomorfa del propio proceso de investigación, se destina a la reducción del material en un modelo. Un modelo en el que el material empírico ha de actuar como fiscal. Es decir, ha de ser especialmente capaz de integrar aquello que parece contradecirlo. Es por ello que se hace hincapié en las falsas pistas, que Berteaux recomienda recoger en el informe, al modo de las populares y televisivas «tomas falsas». Si el informe se rige por el principio de reproducir la investigación —y no el modelo teórico resultante de ella— ha de reflejar todos sus procesos, incluidos los errores.

Salvo el olvido de algunos cierres de paréntesis, se ha conseguido una cuidada edición y traducción de un texto, destinado a convertirse en referencia como entre sus principales receptores: los alumnos de sociología. Consciente de tales destinatarios, la obra acaba con una *retahíla* del deber ser del sociólogo. Así, la conclusión se afana en vincular los relatos de vida con la profesionalización del sociólogo, al que eleva a la consideración de profesional de la democracia.

Javier Callejo